

REVISTA DE HISTORIA DE LAS VEGAS ALTAS
VEGAS ALTAS HISTORY REVIEW

Junio de 2023, Número 17, pp. 8-16

JUAN BELMONTE, MATADOR DE TOROS EN GUAREÑA

JUAN BELMONTE, A BULLFIGHTER FROM GUAREÑA

Pedro José Pascual Salguero

Miembro fundador de la Asociación Foro Historia de Guareña

pjpascualsalguero@hotmail.com

Resumen

Juan Belmonte fue uno de los grandes toreros de la época. Mantuvo una gran rivalidad profesional con José Gómez "Joselito". En sus inicios fue contratado para torear en Guareña, teniendo mal recuerdo de su paso por esta localidad.

PALABRAS CLAVES: Matador de toros. Plaza de toros de Guareña. Suceso tragicómico.

Abstract

Juan Belmonte was one of the greatest bullfighters at his time. He had professional rivalry with José Gómez, who was called "Joselito". At the beginning, he was hired for bullfighting in Guareña, where he got bad memories through the years he spent there.

KEYWORDS: Bullfighter. The Bullring in Guareña. Tragicomic event.

Recibido en Enero de 2023. Aceptado en Mayo de 2023

JUAN BELMONTE, MATADOR DE TOROS EN GUAREÑA

Pedro José Pascual Salguero



Restos de la plaza de toros de Guareña. Hoy Guareña, 15 de febrero de 2014. "La población llegó a tener una plaza de toros con capacidad para 3.000 personas"

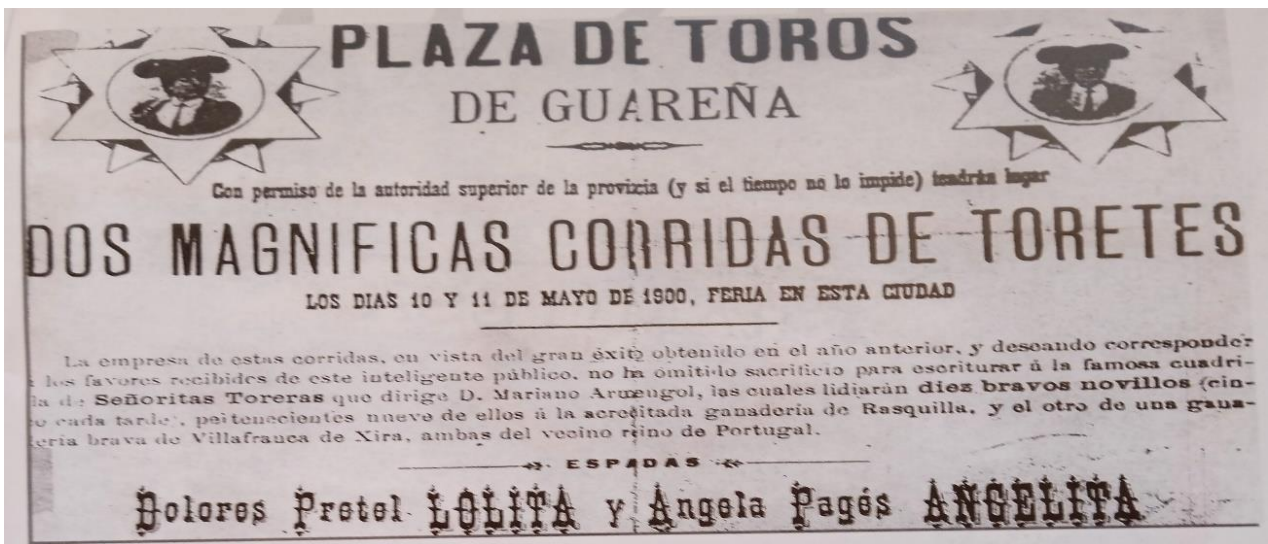
1.- Juan Belmonte, matador de toros.

"Guareña es un pueblo horrible. No le aconsejo a nadie que vaya. Yo fui una vez y no he vuelto, ni pienso volver. Veréis por qué."

De esa forma se refiere en su biografía a Guareña el famoso matador de toros Juan Belmonte García, también conocido como *"El Pasma de Triana"*. Belmonte nació en Sevilla el 14 de abril de 1892. Durante muchos años mantuvo rivalidad con otro de los grandes toreros de la época, José Gómez *"Joselito"*. Belmonte toreó por primera vez en la localidad portuguesa de Elvas el 20 de mayo de 1909. Su segunda novillada tuvo lugar el 24 de julio de 1910, en la feria de El Arahál (Sevilla). En Guareña sería la tercera vez que se vestía de traje de luces. Finalmente triunfa como novillero en la Maestranza de Sevilla el 21 de julio de 1912. El 21 de octubre de 1934 toreó en la Plaza de Toros de Las Ventas con motivo de la inauguración, de forma regular, de esta plaza, cortó dos orejas y el primer rabo de esta plaza. Se retiró de los ruedos en 1936 y, a pocos días de cumplir 70 años, se suicidó el 8 de abril de 1962.

2.- La Plaza de toros y la afición en Guareña.

A finales del siglo XIX se construyó una plaza de toros en Guareña, entre las actuales calles Alberquilla y Luis Chamizo, con una capacidad para 3.000 personas. Esta construcción fue a iniciativa de Eduardo Mancha Polidoro, médico-cirujano de la localidad, el cual era gran aficionado a los toros. Esta plaza de toros aparece por primera vez en el *"Anuario del Comercio, de la Industria, de la Magistratura y de la Administración"* en el año 1896, y como su propietario a Eduardo Mancha Polidoro.



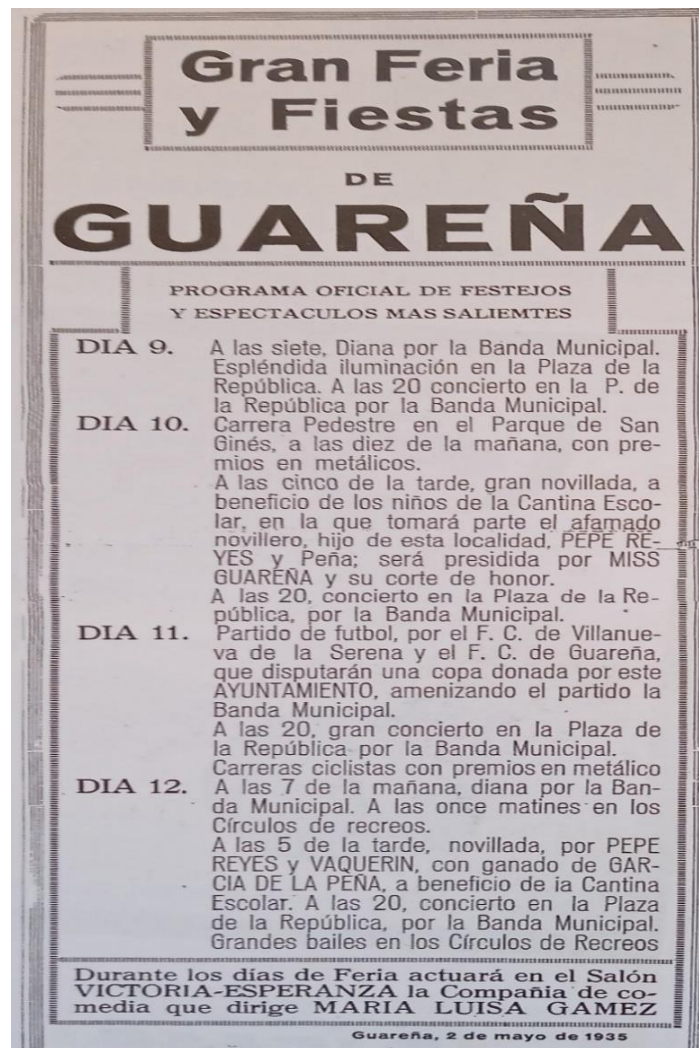
Cartel anunciador del festejo taurino de 1900. Revista de Ferias de Guareña. Agosto 1999. "¡Un albero de ilusiones!".

Con el paso del tiempo, la plaza de toros fue transformada en molino de aceite. A esta plaza fue a donde vino a torear Belmonte, muy posiblemente en la Feria de mayo de 1911; así recoge el suceso el diario *La Vanguardia*, en su edición del viernes 13 de mayo del mismo año:

"En la corrida de toros que se celebró en Guareña, con ganado de Albarrán, el primer toro hirió gravemente a los espadas, a un banderillero y a un picador, teniéndose que suspender la lidia y matar la Guardia Civil a tiros al toro".

La celebración de festejos taurinos gozaba por aquellas lejanas fechas de gran popularidad. Se incluían en los programas de ferias la celebración de corridas de toros, y Guareña no iba a ser menos. Por aquellos años se celebraban en la localidad dos ferias anuales; una en mayo, durante los días 9, 10 y 11, y otra en septiembre, los días 14, 15 y 16. La feria de mayo era la más importante de las dos, y se celebraba en honor de San Gregorio. Durante estos días acudían al pueblo los vecinos que habitaban en los diversos caseríos del campo, también forasteros de los pueblos limítrofes y aquellos que acudían al bullicioso rodeo de compra-venta de ganado. En esos días de jolgorio la celebración de corridas de toros no podía faltar, y más cuando Guareña ya contaba con un coso taurino. Causa curiosidad como en la feria de 1900 se celebró un festejo taurino con la presencia de dos señoritas toreras: Dolores Petrel "*Lolita*" y Ángela Pagés "*Angelita*".

La conversión en molino de aceite de la plaza de toros llevo a los aficionados locales a buscar otras ubicaciones para celebrar corridas de toros, novilladas o becerradas. Uno de los lugares elegidos fue la llamada "*Cerca de los Chamizos*"; posteriormente sería una plaza de toros construida en madera en el solar donde años después se levantaría el "*Cine San Luis*". Uno de estos aficionados, y que parece ser que llegó a novillero, fue José Reyes Gutiérrez "*Pepe Reyes*".



Cartel anunciador de la feria de mayo de 1935. Revista de Ferias de Guareña. Agosto 1999. "¡Un albero de ilusiones!"

En 1933, y con motivo de un viaje para realizar gestiones en Madrid, Santos Anselmo Sánchez-Cortes, por entonces Alcalde de Guareña, se entrevistó con "Pepe Reyes". Este último se ofreció para celebrar una novillada a beneficio del paro obrero de la localidad. De vuelta en Guareña, el Alcalde dio cuenta del encuentro con el novillero en la sesión plenaria del 2 de agosto:

"Expuso el señor Presidente la oferta que le había hecho en Madrid el novillero vecino de esta localidad José Reyes Gutiérrez, de celebrar en esta localidad una novillada, quedando el producto a beneficio del paro obrero; y la Corporación acordó aceptar la oferta, nombrando una comisión compuesta por los señores Pérez Lago, Farrona, Franco y Marcos para que acuerden lo necesario para su realización".

Desconocemos si tal evento llegó a producirse, lo cierto es que "Pepe Reyes" envía una carta al Ayuntamiento. En ella volvía a ofrecerse para celebrar una novillada, y así es como lo recoge el acta de pleno del día 16 de mayo de 1934:

"Se dio cuenta de un escrito de José Reyes, solicitando del Ayuntamiento, le preste su ayuda moral y material para poder celebrar en esta localidad una novillada; y la Corporación Municipal que pase el escrito a la Comisión de Hacienda para informe".

Nuevamente desconocemos si tal ofrecimiento llegó a realizarse. Tuvo que llegar 1935 para que el novillero local se luciese en faena taurina ante sus paisanos. Fueron dos eventos celebrados los días

de feria de 10 y 12 de mayo. Los beneficios serían destinados a la cantina escolar y contó con una subvención municipal de 100 pesetas.

Sesión de pleno de 1 de mayo de 1935:

"El Señor Presidente dijo que los organizadores de la becerrada, que ha de celebrarse en los días de feria, le habían visitado para decirle que destinarían los beneficios que obtuviesen de la corrida para la cantina escolar; y la Corporación después de hacer constar su agradecimiento acordó que asista al acto la Banda Municipal de Música, como igualmente al partido de fútbol".

Sesión de pleno de 8 de mayo 1935:

"Se concede subvención de 100 para la empresa de las novilladas de la feria, ya que tienen un fin benéfico para la cantina escolar".

La llegada de la guerra y la posterior posguerra hizo decaer la afición, ganando cada vez más adeptos la práctica y la afición al fútbol.

3.- El suceso de Belmonte.

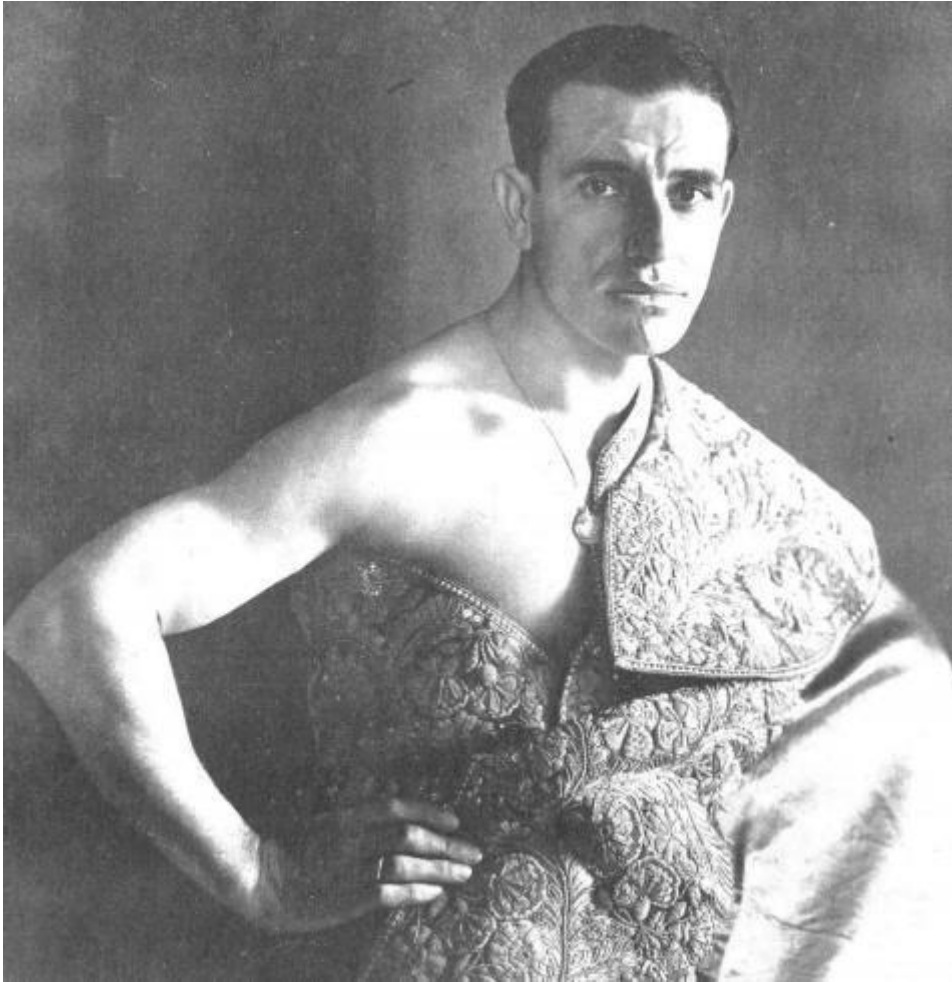
Con motivo del traslado del ferial a su actual ubicación, el programa de Ferias de agosto de 1999 realiza un recorrido de Guareña a lo largo del siglo XX. En este programa de ferias se publicó un artículo titulado "*Un albero de ilusiones*", en el que aparece el suceso del torero en nuestra localidad:

"Fue por aquel entonces cuando Belmonte comenzó a torear (*)." fui a Guareña y probé la cárcel", este dato curioso lo comenta el propio torero en su biografía. Tenía pocos años cuando fui contratado para una corrida, pero cuando vio el ganado, y viendo que eran vacas y no toros, dijo que él no toreaba aquello, se le hizo saber de la responsabilidad que tenía y se le advirtió que el público llenaba la plaza, pero Belmonte viéndose comprometido con aquel ganado se negó rotundamente y entonces intervino la autoridad, ordenando el Señor Alcalde su detención y encarcelamiento. Años después, un Belmonte ya consagrado como primera figura del toreo, citaba el caso de Guareña, cuyo pueblo no recordaba con simpatía por este contratiempo".

En el libro "*Juan Belmonte. Cumbres y soledades del Pasma de Triana*", del periodista Francisco Narbona González, también recoge el paso de Belmonte por la plaza de toros de Guareña:

"Poco después toreó Belmonte en Guareña. Fue también una corrida accidentada. Las reses pesaron más de trescientos kilos; se prodigaron las cornadas y al final los dos matadores del cartel - Paco Madrid y Juan Belmonte - entraron en la enfermería "para no salir más". El público se alborotó y hubo de intervenir la Guardia Civil. Los toreros estuvieron a punto de no cobrar un céntimo porque el empresario, a última hora -picaresca frecuente en esos tiempos- se fugó. Menos mal que un torerillo le robó la cartera y repartió en botín con Calderón, que pretextó complicidad para así poder indemnizar a sus compañeros de aventura."

Entre un texto y otro existe una diferencia muy importante para conocer el porqué del suceso, que dio o pudo dar con Belmonte en la cárcel. Por un lado, en el programa de ferias aparece: "*y viendo que eran vacas y no toros*", y en el libro antes referido no dice nada de que fuesen vacas: "*Las reses pesaron más de trescientos kilos*". Por ello, para conocer de primera mano el suceso de Belmonte en Guareña, lo mejor es recurrir a su biografía, "*Belmonte matador de toros*", del periodista Manuel Chaves Nogales.



Juan Belmonte en 1926

4.- El desastre de Guareña.

Fruto de entrevistas y encuentros entre Manuel Chaves y Belmonte, el periodista publicó la biografía del torero por entregas en la revista *Estampa* en 1934. Todas esas entregas fueron agrupadas en un libro titulado *"Belmonte, matador de toros"*. Uno de sus capítulos, *"El desastre de Guareña"*, es sumamente curioso y clarificador del porqué no recordaba con simpatía a nuestro pueblo, siendo un relato que se puede denominar como tragicómico.

"Guareña es un pueblo horrible. No le aconsejo a nadie que vaya. Yo fui una vez y no he vuelto, ni pienso volver. Veréis por qué:

Se presentó en Sevilla un empresario de Guareña buscando toreros para dar una corrida en su pueblo. Era un hombre de malos sentimientos; los torerillos de Sevilla le conocían bien. Viejo tratante en caballerías, daba a los toreros el mismo trato que a los mulos que compraba en las ferias, y ninguno quería ir con él. Después de buscar inútilmente toreros por todos los cafés de Sevilla, le hablaron de mí, y yo, que tenía hambre de torear, fuese como fuese, acepté sus proposiciones. También contrató a Paco Madrid, que vivía entonces en Triana, no lejos de mi casa. Entre los dos teníamos que matar cuatro toros gigantescos, sobrerros del año anterior, que aquel tío había comprado a precio de carne.

Calderón, que por aquellas fechas no tenía corrida en que torear, se ofreció a venir con nosotros, más para lidiar al marrajo del empresario que para entendérselas con aquellos torazos.

—Ya veréis —decía jactancioso— cómo conmigo no hace juderías ese tío.

Por nuestra tertulia de San Jacinto iba frecuentemente un buen hombre, gordo y con una media lengua graciosísima que, a todo trance, con un entusiasmo digno de mejor causa, quería ser picador de toros. Era carrero en el mercado de pescado del Barranco, y como, a veces, nos obsequiaba con una soberbia pescada o unos sabrosos calamares, favorecíamos su afición a picar, e incluso le ofrecí alguna vez que, cuando yo torease, sería picador de mi cuadrilla. Al contratar la corrida de Guareña, se le adelantó otro picador y le quitó el puesto. Aquel hombre, al enterarse de que no le llevaba a picar, fue a verme desolado, y me dijo que estaba dispuesto a ir por su cuenta, aunque ni siquiera le pagásemos el viaje. Y, en efecto, se vino con nosotros. Para sacar el billete del tren tuvo que empeñar su cama de matrimonio, y había dejado a su infeliz mujer durmiendo en el suelo.

Llegamos a Guareña, vimos los toros, y todo lo que nos habían dicho de ellos palidecía ante la realidad. Eran cuatro monumentos con trescientos kilos cada uno, y, por añadidura, tuertos tres de ellos. Para castigarlos no había más que dos o tres caballejos, y nuestro procurador, Calderón, con éste y otros pretextos que su marrullería le dictaba, amenazó con que no torearíamos si no se nos hacían determinadas concesiones. En el fondo, lo que Calderón pretendía era que nos diesen algún dinero, pues allí era muy problemático que cobrásemos.

En aquel forcejeo con el empresario no se consiguió nada. El tío aquel no soltaba una perra, y Calderón se cerró en banda.

—No toremos, aunque nos lleve a rastras la Guardia Civil —fue su ultimátum.

La hora de la corrida se acercaba, y en vista de nuestra actitud, las autoridades del pueblo intervinieron. Dieron de lado al empresario, y entre el alcalde, el juez, y algunos señoritos intentaron convencer a Calderón. Se entablaron unas gestiones laboriosísimas. La gente, que no sabía si iba a darse o no la corrida, se arremolinaba escandalizando a las puertas de la plaza. Calderón iba y venía con órdenes y contraórdenes.

—Vestirse, que salimos para la plaza.

A los cinco minutos volvía.

—Desnudarse, que ya no toremos.

Yo me cansé de aquel ajeteo, dejé el traje de torear en una silla y me fui a pasear por el pueblo. El escándalo público estaba a punto de degenerar en motín. Hacía media hora que debía haber empezado la corrida, cuando vi venir en mi busca al pobre Calderón, escoltado por tres guardias civiles.

—¡No hay más remedio que torear! ¡Nos llevan al matadero! —me dijo con un gran ademán trágico, señalándome a los de los tricornos que lo custodiaban.

Nos metieron en un coche y nos llevaron a la fonda para que nos vistiésemos. Calderón, de miedo que tenía, no acertaba a ponerse el traje de luces. Nervioso, descompuesto, intentaba vanamente liarse la faja al cuerpo, mientras hacía amargas reflexiones y evocaciones lúgubres.

—Los toros de esta ganadería —decía ensimismado— quitaron de ser torero a Fulano; a Mengano le dieron una cornada y le sacaron las tripas; a Zutano lo tuvieron seis meses entre la vida y la muerte...

El miedo de Calderón aliviaba el mío, y terminé de vestirme y le ayudé a él bromeando. Rodeados de guardias civiles, armados con sus máusers, cruzamos las calles vestidos de toreros y entramos en la plaza. ¡Con qué ensordecedora gritería nos recibieron! En el momento de comenzar la corrida me atemorizaban más que el toro los irritados vecinos de Guareña.

Salió el primer toro, que era enorme y con unos pitones larguísimos. Contra lo que suponíamos, resultó bravo y codicioso. Arremetió contra los picadores, que no supieron desembarazarse a tiempo, y en un segundo, con dos achuchones rapidísimos, puso a los dos jacos panza arriba y los corneó furiosamente. Los dos caballos, los dos picadores y un monosabio que cogieron en medio formaron un revoltijo espantoso, en el que el toro hincaba una y otra vez sus largos pitones. Aquello era una carnicería

horrible. Salieron al aire las tripas de los caballos y brotó la sangre a raudales. No he visto más sangre en mi vida. Paralizados por el terror, no sabíamos cómo meternos en aquel torbellino dantesco. Lo primero que se destacó de aquella masa informe y sanguinolenta fue la exuberante humanidad del carrero de la media lengua, que, con la cara y las manos chorreando sangre, gateaba por la arena en busca del burladero, con una agilidad de la que nunca le hubiese creído capaz.

Aquel desastroso comienzo causó su natural efecto. No había quien se arrimase al toro. Haciendo de tripas corazón, me abrí de capa y le di unos lances de la mejor manera posible. No había más caballos, ni, por tanto, más quites, y el torazo llegó entero y pleno a la hora de la muerte. Le di ocho o diez pases de muleta, y tuve la fortuna de cazarlo con media estocada que le hizo rodar. Pero salió el segundo toro, que era horriblemente tuerto, y resultó más bronco y difícil. Ya no había picadores, y nuestros banderilleros procuraban castigarlo un poco, pegándole puñaladas desde los burladeros. El público quería lincharnos. Simulé un quite, y, al dar media verónica, el toro me cogió y me dio una cornada en la pierna. Me llevaron a la enfermería, que era una auténtica cuadra de caballos, y me tumbaron sobre un catre para curarme. No habían hecho más que abrirme la taleguilla, cuando trajeron a Paco Madrid, que venía herido en un brazo. Lo colocaron también en mi catre, el único que había, y se disponían a curarnos a los dos, cuando apareció Calderón, manco también. Allí terminó la corrida. Metidos los tres en el desvencijado catre, oíamos la gritería espantosa de la muchedumbre enfurecida. Paco Madrid maldecía, Calderón se quejaba, yo gritaba pidiendo que nos curasen, y tanto nos agitamos y debatimos, que el catre se rompió y dimos todos en el suelo con nuestros molidos huesos. Al revuelto montón de toreros lisiados que formábamos, vino a unirse otro banderillero que venía cojo y manco a la vez. Mientras, el público amenazaba con incendiar la plaza, y la Guardia Civil mataba a tiros al toro que no habíamos podido matar nosotros.

Cuando, al fin, se apaciguaron los ánimos, nos trasladamos a la fonda; pero el fondista nos dijo que ya podíamos largarnos de allí. No nos habían dado un céntimo. Eché a andar hacia la estación, cojeando penosamente. Me apoyaba en el infeliz aficionado a picador, que, con su pintoresca media lengua, se quejaba de llevar el cuerpo molido, y se dolía de haber dejado a su buena mujer durmiendo en el santo suelo para correr aquella desastrosa aventura.

En la estación estuve sentado en un banco, esperando la llegada del tren. Cuando ya se acercaba la hora, vi a un sujeto con aire de torerillo que entró precipitadamente en el andén y se fue hacia mí apenas me vio; me cogió rápidamente del brazo, como si fuese amigo mío de toda la vida, y me rogó:

—¡Cállate! ¡Por lo que más quieras, cállate! Minutos después llegó una pareja de la Guardia Civil, que se colocó en la puerta del andén, mientras el cabo, que venía tras ella, interrogaba uno por uno a los que estábamos esperando el tren. Vi que apartaban a algunos, se los llevaban a un rincón y los cacheaban. Cuando el cabo se dirigió hacia donde yo estaba, el desconocido, en cuyo brazo me apoyaba, me dijo en voz alta:

—Anda, hombre, incorpórate un poco, si puedes, que el cabo quiere hablarnos.

Yo intenté moverme y lancé un quejido.

—¡El pobre tiene un cornalón de caballo! —dijo mi misterioso acompañante—. ¡Éstos son los gajes que tenemos los toreros!

El cabo de la Guardia Civil me reconoció como el infortunado matador de aquella tarde. Miró a mi compañero. Por debajo de la gorrilla ladeada le asomaba un pedazo de coleta.

—No les buscamos a ustedes; no se molesten —dijo el cabo. Y se fue a seguir sus pesquisas por otro lado.

A todo esto, llegó el tren, y mi improvisado acompañante, cogiéndome en vilo, me izó al vagón con el mayor cuidado. En el pasillo del tren me encontré con Calderón y los demás toreros, quienes me

contaron que se había armado un revuelo formidable, porque un carterista le había robado el dinero de los toros al empresario.

—Me alegre —decía Calderón—. Aún hay justicia en la Tierra.

Me volví a mi acompañante. Ya estaba el tren en marcha y se hacía el distraído.

—Tú eres el que ha hecho esa faena. ¿No es eso? —le pregunté.

—¿Qué más te da saberlo?

—Pero tú no eres torero.

—No; llevo la coleta porque despista. El torerillo siempre se hace simpático a la gente, se le tiene lástima, se desconfía de él, pero no se le cree capaz de ninguna mala faena.

Me disgustó.

—Buena suerte —le dije volviéndole la espalda. Fui a reunirme con Calderón y le conté lo que me había sucedido. Calderón se dio la clásica palmada en la frente y dijo:

—¡Ah! ¡Aún hay justicia en la Tierra! Ese tío va a ser el que nos va a pagar algo de lo que no quiso pagarnos el empresario. Ese dinero es nuestro, y yo no me dejo robar.

Se fue a buscar al carterista, estuvo de palique con él, y volvió con unas pesetillas, pocas, que, por las buenas o por las malas, le sacó.

—¡Se creía aquel tío cerdo que no íbamos a cobrar nuestro trabajo! —dijo triunfalmente, y repitió sentencioso—: Aún hay justicia en la Tierra”.

5.- Fuentes y bibliografía.

- Anuario del Comercio, de la Industria, de la Magistratura y de la Administración. Carlos Bailly-Bailliére. Madrid 1896.
- Archivo Histórico Municipal de Guareña. Libros de actas de plenos números 6 y 7.
- Ayuntamiento de Guareña. Revista de Ferias. Agosto 1999. “¡Un albero de ilusiones!”.
- Hemeroteca de La Vanguardia.
- Hoy Guareña.
- <http://lafiestaprohibida.blogspot.com/2018/01/belmonte-novillero-temporadas-y-cronicas.html>
- CHAVES NOGALES, Manuel: *"Juan Belmonte, matador de toros"*. Manuel Chaves Nogales. 1969.
- NARBONA GONZALEZ, Francisco: *"Juan Belmonte. Cumbre y soledades del Pasmó de Triana"*. Alianza Editorial. 1995.

Agradecimientos a Mercedes Fernández Mansilla por la corrección y a Miriam Miranda Flores por la traducción de inglés.